

Chernoblues
De la servidumbre voluntaria a la
necesidad de servidumbre
- seguido de *La sociedad nuclear* -
ROGER BELBÉOCH

Traducción de Javier Rodríguez Hidalgo y Emilio Ayllón

Pepitas & El Salmón

Índice

UNAS BONITAS VACACIONES EN LA MISERIA DE LOS DEMÁS	
Nota a la presente edición	7
Prólogo a la primera edición española (2011).....	13
CHERNOBLUES. DE LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA	
A LA NECESIDAD DE SERVIDUMBRE.....	27
Apéndice I	
Los comprimidos de yodo, tranquilizantes contra la angustia nuclear	85
Apéndice II	
El <i>affaire</i> Bandajevsky	93
LA SOCIEDAD NUCLEAR.....	111

Unas bonitas vacaciones en la miseria de los demás

Nota a la presente edición

En nuestras sociedades contemporáneas las tragedias ya no se repiten como farsas, directamente se transforman en destinos turísticos. Tras la emisión, en mayo de este año, de la miniserie *Chernobyl* el número de visitantes a la «zona de exclusión» fue de 12.591, según datos de la Agencia Estatal de Ucrania para la Gestión de la Zona de Exclusión. La empresa de turismo de aventura Explore, que ofrece un *tour* de cinco días llamado Discover Chernobyl, se felicitaba de haber cuadruplicado el número de clientes desde la emisión de la serie producida por HBO. El recorrido incluye una visita a «la ciudad fantasma de Prípiat», así como a la zona conocida como el Bosque Rojo (una de las zonas más contaminadas del mundo) donde la naturaleza supuestamente ha vuelto a resurgir de las cenizas radiactivas, y al conocido «sarcófago» del reactor número 4 que explotó la noche del 26 de abril de 1986 liberando una cantidad de radiación equivalente a veinte bombardeos atómicos como los de Hiroshima y Nagasaki.

No obstante, el incremento de turistas que optaron por pasar sus vacaciones contemplando el paisaje de devastación que provocó el accidente nuclear de Chernóbil se ha ido incrementando paulatinamente en los últimos cinco años, antes incluso de la exitosa serie. Si en 2014 fueron unas 8.000 personas las que recorrieron los lugares de la catástrofe nuclear, en 2018 el número de turistas alcanzó la cifra de 71.862. La banalización del mal no conoce límites en la era de la mentira desconcertante. La idea de que Chernóbil fue «sólo un accidente» que hoy podemos conmemorar alegremente, o incluso visitar los lugares irradiados con la intención de conseguir un *selfie* impactante, es una muestra más de esa servidumbre voluntaria de la que habló Roger Belbéoch en el libro que presentamos. Los miles de muertos provocados por el accidente, las consecuencias para la salud de miles de niños bielorrusos, la gran mascarada y las mentiras flagrantes de los «expertos» durante la gestión de la catástrofe y de las consecuencias posteriores, todo ello parece haber pasado al terreno de la ficción sin mayor problema. Como si el verdadero accidente no fuese más que un «hecho alternativo» a la serie de televisión. Si hace más de treinta años las mentiras políticas y científicas se hicieron necesarias para la gestión de una catástrofe inédita en la historia de la humanidad, con tal de contener el malestar social que podía provocar la mera enunciación de la verdad, la conversión en espectáculo a la que asistimos hoy parece indicar que ya no son necesarias las mentiras bien orquestadas por especialistas, ya que el autoengaño funciona muchísimo mejor.

La presente edición de *Chernoblues*, seguido de *La sociedad nuclear*, reproduce el libro que, en 2011, publicaron Malapata Ediciones y la Biblioteca Social Hermanos Quero, y que vio la luz justo en el momento en que otro accidente nuclear volvía a llamar la atención sobre el tipo de sociedad que exige la gestión

de la energía nuclear. El accidente de Fukushima supuso un relativo revés para aquellos que se congratulaban de haber dejado atrás catastróficos accidentes como el de Chernóbil, y que defendían la energía de fisión como única alternativa a los combustibles fósiles e incluso como un «mal necesario» frente al cambio climático. Pero también las consecuencias de Fukushima quedaron atrás. Como señalaran Nadine y Thierry Ribault en *Los santuarios del abismo* (Pepitas ed., 2013), muy pronto las autoridades y los expertos de la mafia nuclear se emplearon a fondo en restar importancia a las consecuencias del desastre de Fukushima, arremetiendo contra todo aquel que pusiese objeciones a la proliferación de la energía nuclear, y argumentando que la energía derivada de la combustión de carbón o de petróleo había matado a mucha más gente que el accidente de Fukushima y que, en cualquier caso, los «accidentes» sirven para mejorar la seguridad futura de una energía atómica que, sin que quepa la menor duda, sirve a la paz y la prosperidad.

Y, así, la sociedad industrial sigue su larga marcha hacia el desastre con aparente despreocupación. Actualmente hay más de cuatrocientos reactores nucleares funcionando en todo el mundo, y las previsiones del OIEA (Organismo Internacional para la Energía Atómica) es que para el año 2030 sean más de setecientos. La multiplicación de los riesgos de accidente, la gestión de los residuos, la proliferación de los llamados mini-reactores y el sometimiento de la población a las medidas de excepción que la gestión de la sociedad nuclear requiere, no parecen inquietar a casi nadie. En todo caso, habrá más material para series de televisión y nuevos lugares devastados de los que extraer en un futuro rendimientos turísticos.

De ahí que nos haya parecido oportuno reeditar este *Chernobylues*, donde Roger Belbéoch enunciaba las preguntas que ningún defensor de la energía nuclear quiere responder: ¿Qué tipo

de sometimiento requerirá un mundo totalmente nuclearizado? ¿Qué nuevas mentiras y manipulaciones serán necesarias para gestionar cualquier eventualidad y evitar que se convierta en una catástrofe social, ecológica y política?

Parece que en las sociedades industriales contemporáneas la única forma en la que se nos permite sobrevivir es bajo amenaza. La amenaza del cambio climático, la amenaza de la exclusión, la amenaza de la contaminación y las enfermedades, la amenaza de la escasez energética, la amenaza de un accidente nuclear... Todas ellas, nocividades del mundo que hemos construido en los últimos dos siglos de desarrollo económico, nos señalan un camino: el de la pérdida de libertad a cambio de un sometimiento «seguro», pero que cada vez es menos capaz de ofrecer seguridad a nadie. Ante esto, el autoengaño, la recreación ficticia de la catástrofe real, funciona como una especie de ansiolítico. Decir la verdad, en el contexto de este gran autoengaño, es algo a lo que pocos se han atrevido. Roger Belbéoch fue uno de ellos, uno de los pocos amigos que aún le quedaban a la verdad.

Nacido en París en 1928, Belbéoch se licenció en Física y trabajó para el CNRS, el Centro Nacional para la Investigación Científica, especializándose en la aceleración de partículas y en las radiaciones ionizantes, cuyos efectos sobre la salud empezó a investigar por su cuenta:

Yo trabajaba en un laboratorio de investigación científica donde había muchísima radiación. Y al principio, el problema de la radiación yo lo había presentado, pero yo no había aprendido nada [...] Se nos habían enseñado todas las propiedades de la física, de la química, etcétera... pero no sus consecuencias biológicas [...] Y como en esa época, hacia 1950-1955, ya había debates sobre la nocividad o inocuidad de las radiaciones, y como veía a mis colegas trabajar sin problema alguno, me dije que quería infor-

Prólogo a la primera edición española

(2011)

De todas las quimeras técnicas que ha ido engendrando el Estado en el despliegue de su programa histórico de dominación, ninguna como la nuclear parece expresar de manera más nítida y flagrante, ya en sus mismos principios teóricos, la esencia totalitaria e irracional que anida en el seno de dicho programa. Si antes de la bomba sólo una pensadora tan extemporánea, tan tempranamente extraña a la ideología del progreso como Simone Weil parecía capaz de advertir lo que cabía esperar del desarrollo de una ciencia, la de los *quanta* y la relatividad que, «sacrificando la noción misma de verdad», «se rebajaba al estado de servidumbre antes incluso de tener a quién obedecer» (*Reflexiones acerca de la teoría de los quanta*, 1942), muy pronto el mundo entero iba a comprobar de manera inequívoca qué clase de servicios podía prestar en la práctica, y a qué amos, aquel álgebra ininteligible y ciego. Despojada de cualquier relación interna con el bien o con la verdad, puro instrumento sin finalidad, la ciencia del átomo acabó encontrando el amo que buscaba en la razón de Estado, que levantó para ella el laboratorio-

cuartel de Los Álamos y financió generosamente el Proyecto Manhattan de donde saldría la bomba. En esas sucias manos ha seguido estando la tecnología nuclear desde entonces, procurando un fundamento de terror total a las relaciones entre los distintos aparatos estatales («disuasión nuclear»), así como a la «pacificación» interna de las sociedades, que se basó a partir de aquel momento en los «átomos para la paz», esto es, en la electrificación generalizada y en la producción y el consumo industriales que multiplican «la impotencia y la ductilidad de las masas» proporcionalmente a «las cantidades de bienes que les asignan» (Adorno-Horkheimer). Sólo una adversa coyuntura energética y financiera, derivada de la crisis del petróleo de 1973, así como la sucesión de desastres que culminó en la noche del 25 al 26 de abril de 1986 en el reactor número 4 de la central de Chernóbil, pudieron frenar el desarrollo de esta industria en la última década del pasado siglo.

Coincidiendo con el veinticinco aniversario de aquella catástrofe presentamos *Chernoblues*, de Roger Belbéoch. Publicado en Francia en el año 2001, una versión casi íntegra de este texto apareció en el primer número de la revista *Resquicios* en el año 2006. Como señalaba en aquella ocasión su traductor, Javier Rodríguez Hidalgo:

la intención de Belbéoch es mostrar algunos aspectos del nuevo autoritarismo tecnológico que somete a las poblaciones humanas, y que éstas parecen aceptar sin mucho revuelo. Para poder ser gestionada sin tropiezos, la energía nuclear requiere diversas formas de sometimiento voluntario. El subtítulo de la obra es significativo: *De la servidumbre voluntaria a la necesidad de la servidumbre*. Para los lectores franceses remite inequívocamente al clásico *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, escrito por el humanista bordelés Étienne de La Boétie, quien describía el fundamento de la tiranía, que no es tanto el terror que ésta ejerce como su acatamiento.

to por parte de los oprimidos. Sólo esa «servidumbre voluntaria» puede garantizar la pervivencia de la esclavitud. Belbéoch va un paso más allá de La Boétie, ya que la sumisión en la que viven los sometidos no es ya sólo deseable para los tecnócratas sino *necesaria* para toda la sociedad, puesto que no le conviene saber el grado real de la amenaza bajo la que lleva su vida «normal». De ahí que sus responsables no puedan dejar de recurrir a los métodos clásicos de la intoxicación totalitaria: mentiras repetidas mil veces, ocultamiento de la información decisiva, represión «extra-legal» e incluso, ¿por qué no?, placebos colectivos en forma de píldora de yodo o de informes amañados.

Esta edición de *Chernoblues* coincide asimismo con un nuevo capítulo de la ya larga guerra que la mafia nuclear viene librando en torno a la posibilidad de su «renacimiento», y que, últimamente, y a pesar de toda la propaganda antinuclear más o menos al uso, parece estar decantándose claramente del lado de la industria. Si en los inicios de esta guerra unos lúcidos comentaristas avisaban («en contra de las voces ecologistas» que confían ciegamente en los rigores del libre mercado para «dar por enterrado el proyecto nuclear») de que «todo sirve hoy a la nueva propaganda nuclear: la llamada “crisis energética”, el agotamiento del petróleo, la amenaza climática...», esos mismos comentaristas se guardaban no obstante de dar por decidido en un sentido o en otro el desenlace de la polémica, pues «el posible retorno de la [energía] nuclear dependerá de que sepa movilizar a su favor a los distintos agentes de la propaganda estatal, mediática y científica» («Bajo el volcán», Los Amigos de Ludd¹).

1. Publicado en *Resquicios*, nº 1 de abril de 2006, «La catástrofe de Chernóbil y su tiempo», texto recogido después en la obra *Las ilusiones renovables*, 2006, Muturreko Burutazioak. El colectivo Los Amigos de Ludd publicó un boletín de «crítica antiindustrial» desde 2001 a 2006, donde, amén de presentar textos propios, se daban a conocer la obra y el pensamiento de autores críticos con la ideología que pretende equiparar progreso con progreso científico y tecnológico. En 2009, apareció una *Antología de textos de Los Amigos de Ludd*,

Chernoblues

De la servidumbre voluntaria a la
necesidad de servidumbre

Prefacio

La mentira política no es ninguna novedad, pero la perspectiva de las catástrofes nucleares le ha otorgado una nueva dimensión (la industria química está a punto de recuperar su retraso y el acoplamiento químico y nuclear ha dejado de pertenecer al reino de la ciencia ficción...). Los políticos ya no son los principales embusteros; por otra parte, sus mentiras apenas tenían importancia, estábamos acostumbrados a ellas. Con la energía nuclear, los «ciudadanos» se han vuelto mucho más exigentes y ahora todo tipo de expertos han cogido el relevo y les proveen de mentiras: médicos, científicos, asociaciones, sindicatos, etc. Las mentiras de los defensores de la energía nuclear han tenido que afinarse para hacerse más creíbles, al tiempo que lo hacían las demandas cada vez mayores de los ciudadanos. La gestión de una catástrofe nuclear exige el mantenimiento del orden (como se indica expresamente en la introducción de los planes de gestión nuclear). Esta exigencia no sólo la comparte cualquier político, sean cuales sean por lo demás sus promesas electorales; es una necesidad a fin de minimizar los efectos biológicos de la

catástrofe. En caso de desastre nuclear, el «ciudadano», incapaz de gestionar su día a día, tiene que encomendarse a los «expertos». Y aunque estos no tengan medios para una gestión «óptima», hasta eso es mejor que las posibles reacciones violentas de los «ciudadanos», pues su violencia podría costarles cara, no en términos de represión policial, sino en términos sanitarios.

Actualmente, la mentira nuclear tiene algo de paradójico. Su credibilidad ha subido a un nivel altísimo y sin embargo, si los «ciudadanos» son cada vez más exigentes, no es para conocer la verdad, sino para que esas mentiras creíbles les ahorren problemas de conciencia irresolubles. Estos, obviamente, podrían producir «turbulencias sociales» preaccidentales difíciles de gestionar tanto por los gestores sociales como por los ciudadanos.

Hay pues una conjunción bastante curiosa entre la necesidad que tienen los administradores de mentir y la necesidad que tienen los «ciudadanos» de que esas mentiras resulten creíbles. Muchos expertos han comprendido este problema e intervienen junto a los *diplodocus* nucleares para confiar las mentiras a gente «competente», pero no es nada fácil.

Hasta ahora, las mentiras y la dictadura de los expertos eran aceptadas «voluntariamente», después de hacer balance inconsciente de las ventajas (para todo el mundo) y de los inconvenientes. Ahora, esta servidumbre respecto a los expertos se ha vuelto una necesidad para mejor sobrevivir a las «catástrofes», sean estas cuales sean. Hemos pasado de la servidumbre voluntaria a una necesidad de servidumbre.

Chernóbil, abril de 1986, ¿ha habido una catástrofe?¹ Nadie lo niega, pero, ¿cuál es el significado de ese término? La catástrofe se ha convertido en un elemento cotidiano en los medios de comunicación. Cualquier incidente se presenta como un accidente². Cualquier accidente, sea cual sea su magnitud, se convierte en una catástrofe, lo que anula la posibilidad de jerarquizar los daños. ¿Se trata, en el caso de Chernóbil, de una catástrofe de una nueva clase, una catástrofe moderna? Pero una catástrofe de verdad, a la antigua usanza, dejaba normalmente alguna huella, algún recuerdo. De Chernóbil, ¿qué es lo que queda? En nuestro país, de vez en cuando, un eco en los medios; por ejemplo, a propósito de la pasta gansa que el gobierno ucr-

1. «Catástrofe»: según el diccionario, una de sus definiciones es «último y principal acontecimiento de un poema o de una tragedia». En el caso de Chernóbil, sería más correcto hablar de un «prólogo», parte de la obra que precede a la entrada del coro (de los expertos).

2. Por muy débil que sea el impacto de los «incidentes» sobre el medioambiente, no por ello dejan de tener importancia. En efecto, son señal de anomalías en las instalaciones, que pueden complicar o incluso impedir la gestión de un incidente más grave que podría de este modo degenerar en catástrofe. Los incidentes, hasta los más anodinos, han de tenerse en cuenta como acontecimientos precursores de posibles catástrofes.

niano ha sabido sacarle a los ricos occidentales —amenazando con una repetición del desastre— para cerrar definitivamente la central de Chernóbil parando el último reactor. En el Este, no cabe duda, han aprendido que las catástrofes que afectan al Oeste pueden servir para reactivar la economía, como los huracanes en Florida, los terremotos en California o los temporales en Francia. De modo que, ¿por qué no la catástrofe nuclear?

Los medios se han desembarazado pronto de los monstruos nacidos después de Chernóbil³; bastó que ciertas eminencias afirmasen, sin que nadie pensara en exigir pruebas, que su incidencia era normal, semejante a la frecuencia natural. Menos espectaculares, pero más difíciles de escamotear, a veces se mencionan los cánceres de tiroides de los niños bielorrusos, rusos y ucranianos. Durante años, todos los expertos científicos enviados al lugar por sus gobiernos o por las organizaciones internacionales negaron la existencia de problemas de tiroides en aquellos niños, negaron los cánceres de tiroides. Luego reconocieron su existencia, pero no su origen radiactivo. Más tarde, terminaron por admitir que esos problemas eran realmente consecuencia de Chernóbil, pero eso ya apenas tiene resonancia en los medios de comunicación, sobre todo porque dos mil niños afectados de cáncer de tiroides, ¿son acaso una catástrofe en nuestro mundo moderno? ¿Quién va a preocuparse por lo que será de esos niños después de las intervenciones quirúrgicas y médicas? Estos niños enfermos indican que lo más duro está por venir. Habrá que lamentar miles, cientos de miles de

3. *Mientras aún tengan vida*, octubre de 1991, filme del realizador ucraniano Gueorgui Chkliarevsky, testimonio sobre los nacimientos monstruosos post-Chernóbil, primer premio del festival de cine de Kiev, 1992; premio Europa del festival de cine científico, Palaiseau, 1992. Ha realizado, entre otras películas, *Micrófono* y *A la sombra del sarcófago*.

víctimas incluso, pero se trata de un drama no mediático cuyas víctimas seguirán siendo anónimas por siempre jamás⁴.

En agosto de 1986, el director de la división de seguridad nuclear del Organismo Internacional de la Energía Atómica declaraba en la Conferencia de Viena: «Aunque hubiese un accidente de estas características cada año, seguiría considerando la nuclear como una fuente de energía interesante⁵». Para este experto internacional, se trataba de un accidente banal cuya gestión no iba a plantear demasiados problemas. Estaba en lo cierto, así fue finalmente.

Al principio, las autoridades occidentales, sobre todo en Francia, criticaron con dureza al poder soviético por haber tardado en revelarles la magnitud de la catástrofe, lo que causó dificultades de «comunicación» en los medios. Los dirigentes soviéticos estaban lejos de pensar que sus homólogos occidentales fueran capaces de gestionar «correctamente» la situación con una censura y unas mentiras como mínimo tan buenas como las suyas. Tuvo que transcurrir un tiempo para que el Kremlin descubriese que podía contar con la complicidad occidental. El informe de los soviéticos en la conferencia internacional sobre las consecuencias de Chernóbil, organizada en agosto de 1986 por el Organismo Internacional de la Energía Atómica, sorprendió a muchos expertos por su nivel de franqueza. La conferencia se celebró a puerta cerrada y el informe soviético apenas tuvo difusión. Lo cual permitió a los occidentales controlar la situación. En nuestro país, la gestión mediática, después de algunas semanas de descontrol, fue impecable. Y luego una lagrimita periodística en cada aniversario, lágrima que se va secando cada vez más deprisa a medida que pasa el tiempo.

4. Bella y Roger Belbéoch, *Tchernobyl, une catastrophe. Quelques éléments pour un bilan*, 1993, París, Allia. [Reeditado por La Lenteur, 2012 (*Nota a la presente edición*)]

5. *Le Monde*, 28 de agosto de 1986.

Algunos escépticos incorregibles acusan al poder soviético de no haber gestionado correctamente la situación accidental, ya durante, ya después del accidente. Pero, ¿qué tendría que haber hecho el poder, qué habría tenido que decir para que la gestión hubiese sido «correcta»?

¿Qué tendría que haber dicho a los grupos de intervención⁶ que los expertos científicos mandaron al techo del reactor fuera de control para sofocar el incendio, a los pilotos de los helicópteros que cubrieron de arena, boro y plomo el núcleo en fusión del reactor, o posteriormente a los equipos que construyeron el sarcófago? ¿Qué tendría que haber dicho a los «héroes» que envió al techo del sarcófago una vez terminado para plantar allí la bandera soviética y glorificar el trabajo humano? ¿Habrían participado con tanta eficacia si les hubieran contado previamente los graves problemas de salud que les aquejarían después de haber sido copiosamente irradiados y contaminados? Habría que haberles hablado de efectos graves a corto plazo, de muerte casi segura para los más afectados, de leucemia y cánceres diversos para los que sobreviviesen; eso por no hablar de todos los efectos aún desconocidos de la radiación que harían de su vida destrozada y de su muerte objetos de estudio especialmente interesantes para una legión de investigadores científicos del mundo entero. ¿Es seguro que esta mano de obra habría sido tan dócil y tan valiente si los responsables le hubiesen explicado con detalle todos los riesgos conocidos que iban a hacerles correr, precisando que a buen seguro existían otros muchos desconocidos, y que su coraje iba a permitir dar con ellos? ¡La Ciencia les quedaría agradecida, desde luego!

¿Y si esos «voluntarios» se hubiesen negado a ir? El núcleo del reactor habría seguido descargando sobre Europa entera, y

6. Se les llamó los «liquidadores». Poco después se convirtieron en «reparadores».

Apéndice II

El *affaire* Bandajevsky

El 18 de junio de 2001, el profesor Yuri Bandajevsky, de cuarenta y cuatro años de edad, fue condenado en Bielorrusia a ocho años de reclusión criminal, con incautación de sus bienes y prohibición, durante los cinco años siguientes a su excarcelación, de cualquier responsabilidad tanto profesional como política. No deja de resultar sorprendente que esta sentencia fuera dictada por un tribunal *militar*, el tribunal de Gomel.

Recordemos que el profesor Bandajevsky, procedente de Grodno, ciudad situada en una zona relativamente «limpia», fundó en 1990 el Instituto de Medicina de Gomel —del cual se convirtió en director— dentro de una zona «sucia», pues la región administrativa de Gomel es, de toda Bielorrusia, la más cercana a Chernóbil, y resultó muy contaminada por la lluvia radiactiva. Con sus estudiantes y colaboradores en medio de la población, acabó estudiando las diversas patologías que afectan a los habitantes que viven permanentemente en la región y que padecen de manera crónica los efectos de las dosis bajas de radiación por la ingesta de alimentos contaminados.

Detenido en julio de 1999, acusado de unos supuestos sobornos que habría recibido para favorecer la inscripción de ciertos estudiantes en el instituto que dirigía, destituido de sus funciones, se le mantuvo en prisión a pesar de estar enfermo, en condiciones muy duras de aislamiento, durante más de cinco meses. Durante su arresto, la policía confiscó en su domicilio sus informes científicos y su ordenador. Amnistía Internacional le consideró «preso de conciencia potencial». Gracias a una rápida reacción internacional, fue puesto en libertad condicional a finales de diciembre de 1999, quedando a la espera de juicio.

Se le obligó primero a permanecer en Minsk y luego a no abandonar Bielorrusia. Por ese motivo no pudo ir a París a recoger el premio internacional que la IPPNW (la Asociación Internacional de Médicos por la Prevención de las Guerras Nucleares) le concedía por el conjunto de sus importantes trabajos en medicina y radiobiología humana, premio que recogió su colaboradora y esposa Galina, pediatra. Durante este intervalo de «libertad», y gracias al profesor Nesterenko, director del instituto independiente BELRAD, pudo continuar sus estudios y redactar monografías de suma importancia sobre el efecto en el organismo de la contaminación interna por cesio 137 en los niños, en particular sobre el sistema cardiovascular.

El juicio dio comienzo en febrero de 2001 ante el tribunal militar de Gomel y en él se pusieron de manifiesto las debilidades de la acusación, que no contiene prueba directa alguna de hechos corruptos que se le puedan imputar. Las personas que declararon contra Yuri Bandajevsky declararon durante la vista que sus testimonios habían sido obtenidos por la fuerza.

¿Qué hacen los países «democráticos» cuando los científicos son entregados a los tribunales militares? ¡Nada o casi nada!

De hecho, el profesor Bandajevsky era una personalidad muy respetada y reconocida. Sus problemas comenzaron cuan-

La sociedad nuclear

La adopción de la energía nuclear, tanto civil como militar, y su rápida puesta en marcha, se enmarcan dentro de la lógica del desarrollo industrial, y llevan dicha lógica hasta un punto límite que confiere a esta sociedad ciertos caracteres particulares que permiten hablar de *sociedad nuclear*. Que ésta llegue o no a instaurarse, depende de fuerzas antagónicas que frenan o aceleran el proceso. Aquí analizaremos de manera sucinta los factores que intervienen en esta evolución.

Desde su primera manifestación pública el 6 de agosto de 1945, la energía atómica se presentó y fue percibida como una «revolución científica», como rezaba el titular elegido por *Le Monde* para anunciar el bombardeo y la destrucción casi total de Hiroshima¹. Antiguos mitos volvieron a cobrar vigencia en el acto.

1. Como señalaban Roger y Bella Belbéoch al inicio de su libro *Tchernobyl, une catastrophe*, «contrariamente a lo que se ha escrito muchos años más tarde, estas destrucciones masivas no causaron ningún trauma ni en los ambientes científicos ni en la opinión pública. Fueron percibidas como el inicio de una nueva era, “la era atómica” [...]. La unanimidad era

La humanidad veía llegar la era del control total de la energía, inagotable y fácil de obtener, que de ese modo le aseguraba el dominio absoluto de la naturaleza. La energía, fundamento de la sociedad industrial, alcanzaba una dimensión divina. Los sabios, convertidos en sus grandes sacerdotes, proponían acciones grandiosas: arrasar el Mont-Blanc, desecar el Mediterráneo después de taponar el estrecho de Gibraltar, fundir los casquetes polares, modificar el clima, etc. No se trataba de una actitud propagandística para mejor vender la nueva técnica. No eran delirios de ignorantes, sino posibilidades para un futuro muy cercano avaladas por la palabra de las mayores lumbreras del mundo científico. La hermosa simplicidad de la fórmula de Einstein, $E=mc^2$, que traducía la equivalencia de la materia y de la energía, hacía de un kilogramo de materia un depósito formidable de energía. Puesto que provenía de la desaparición de la materia, la energía nuclear tenía que ser forzosamente limpia. Aunque algunos científicos barajaban la posibilidad de que existieran restos (el término residuos no aparecerá hasta mucho más tarde), señalaban que en todo caso los productos resultantes serían sumamente útiles para la humanidad. Es interesante advertir que el primer uso de esta energía fue un acto de destrucción y que las aplicaciones civiles que se propusieron inicialmente fueron asimismo actos de destrucción.

1. Los recelos del mundo industrial. El Estado, promotor de la energía nuclear. La industria nuclear se desarrolló muy rápidamente, si bien el mundo industrial seguía desconfiando y

bastante completa en el conjunto de la prensa. La magnitud del desastre, esas criaturas que en unas milésimas de segundo fueron “sublimadas” y no dejaron más que una sombra sobre los muros, lejos de desencadenar horror e indignación, fue recibida como la prueba objetiva de un porvenir radiante para una humanidad que por fin iba a desembarazarse, para siempre, de las servidumbres del trabajo». (*N. de los ed.*)

se mostraba poco entusiasta, a pesar de que los más eminentes científicos alababan sus maravillosas propiedades.

La participación de científicos (en la época se les llamaba sabios) fue crucial para convencer a los Estados de la necesidad de promover esta nueva industria. Los científicos cambiaron el dominio que había sido tradicionalmente el suyo, el del conocimiento de los mecanismos de la naturaleza, por el del control de la naturaleza. Lo mismo había sucedido al principio de la guerra con las bombas atómicas. La iniciativa no había partido entonces de los militares americanos, sino de científicos que tuvieron que persuadir al presidente Roosevelt, a pesar de que la posibilidad de fabricar esas bombas extraordinarias era bien conocida: en 1939, Frédéric Joliot-Curie y su equipo para la mejora de los explosivos habían llegado a registrar una patente.

En un principio, la energía nuclear parece ser la prolongación del desarrollo industrial de principios de siglo. No obstante, desde el primer momento hay una diferencia: los empresarios dejarán en manos de los servicios públicos la mayor parte, y hasta la totalidad, de las responsabilidades técnicas y financieras. Exigirán importantes garantías, negándose a asumir responsabilidades en caso de accidente. En Estados Unidos, desde 1954, antes de que se realicen las primeras grandes inversiones de capital, la Comisión de la Energía Atómica llevó a votación una ley (la *Price Anderson Act*) que limitaba la responsabilidad civil de los productores de electricidad nuclear a 60 millones de dólares. Más allá de esta suma, tenía que intervenir el gobierno para cubrir las indemnizaciones hasta 500 millones de dólares. Esta ley, aprobada en principio para diez años, se fue prorrogando regularmente. Aunque los límites de responsabilidad se fueron revisando al alza, nunca alcanzarían los límites previsible de los posibles accidentes, sobre todo porque con cada nuevo accidente aparecía la posibilidad de accidentes mucho